

UNA HISTORIA REAL
de MUERTE Y VIDA

90

MINUTOS EN

EL CIELO

DON PIPER

CON CECIL MURPHEY



90 MINUTOS EN EL CIELO

Autor: Piper, Don

ISBN: 9780800731748

Generado con: QualityEPUB v0.26

Corregido: tomas1870, 18/11/2011

90 minutos en el cielo

UNA HISTORIA REAL
de vida y muerte

DON PIPER
con CECIL MURPHEY
©2004 a Don Piper

© 2006 Baker Publishing Group (Spanish translation)

Originalmente publicado en inglés con el título:

90 Minutes in Heaven

Publicado por Fleming H. Revell

División de Baker Publishing Group

P.O. Box 6287, Grand Rapids, MI 49516-6287

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida,
procesada en algún sistema que la pueda reproducir,

o transmitida en alguna forma o por algún medio electrónico,
mecánico, fotocopia, cinta magnetofónica u otro excepto

para breves citas en reseñas, sin el permiso previo de los editores,

con excepción de lo previsto por las leyes de derechos de autor
en los Estados Unidos de América.

A menos que se indique lo contrario, todos los textos bíblicos han sido tomados de la La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional. © 1999 por la Sociedad Bíblica Internacional. Usado con permiso.

Desarrollo editorial: *Grupo Nivel Uno, Inc.*

ISBN 10: 0-8007-3174-3 ISBN 13: 978-0-8007-3174-8

AGRADECIMIENTOS

Escribí este libro en defensa propia. En los años que pasaron desde 1989, rara vez he podido satisfacer a alguien con respuestas rápidas o encuentros breves que relaten mis experiencias. En la radio, la televisión, los periódicos, y desde un sinnúmero de pulpitos y podios de disertación, en general, he dejado más preguntas sin respuesta que dado contestaciones satisfactorias. La gente siempre ha querido saber más... siempre más. Escribí tres manuscritos distintos sobre esta experiencia para satisfacer las mentes inquisitivas. Ninguno me satisfizo. Por eso convencí a uno de los autores distinguidos de los Estados Unidos para que se asociara conmigo y escribiéramos un libro que respondiera a los temas más impactantes con relación a mi muerte y mi vida. Cecil Murphey, autor de muy exitosas biografías de luminarias como Franklin Graham, Truett Cathey, B. J. Thomas, Dino Karsanakas y el Dr. Ben Carson, me dio la perspectiva que yo quería para escribir el libro que necesitaba escribir. Es este que tiene usted hoy en sus manos.

Cec se ha convertido en un devoto amigo, confidente y mentor. En realidad, una de las bendiciones de escribir este libro ha sido conocer a Cec Murphey. Su pasión por este proyecto se siente en cada página. ¡Gracias, Cec! Te lo agradezco profundamente. De la misma manera, Deidre Knight, de la Agencia

Knight, creyó en este proyecto, y eso lo aprecio mucho. Y la Dra. Vicki Crumpton del Baker Publishing Group es una persona a la que he llegado a admirar. Su dedicación para ver esta historia publicada me es muy valiosa.

Quiero agradecer al personal de la Unidad de Trauma del Centro Médico Memorial Hermann y del Hospital Episcopal de St. Luke en Houston por su devoción a las artes de la sanidad. Mi agradecimiento especial al Dr. Thomas Greider, mi cirujano traumatólogo desde esa fatídica noche del 18 de enero de 1989.

Varias personas preciosas de Dios de muchas iglesias me han permitido servirles. Sus oraciones no solo fueron cruciales para mi supervivencia, sino que su presencia ha sido una bendición para mi ministerio. Mi más profunda gratitud a la Iglesia Bautista de South Park de Alvin, Texas, grandes guerreros de la oración a Dios. Además quiero reconocer la contribución especial de la Primera Iglesia Bautista, la Iglesia Bautista Airline y la Iglesia Bautista Barksdale, todas de Bossier City, Louisiana. Mi padre en el ministerio, el Dr. Damon V. Vaughn, antiguo pastor de las primeras dos de estas iglesias, también ha contribuido de una manera tal que estoy en deuda con él.

Por estar fielmente conmigo desde mi accidente, expreso todo mi amor a la Primera Iglesia Bautista de Rosharon, Texas, junto a la Iglesia Bautista de Hunter's Glen y Murphy Road de Plano, Texas. Desde 1996 he llamado a la Primera Iglesia Bautista de Pasadena, Texas, mi lugar de servicio. Su apoyo para este proyecto ha sido incansable y muy tierno. Gracias a todos por su paciencia, oraciones y amor.

A Anita Onerecker y su fallecido esposo Dick, gracias por permitir que Dios los usara de manera tan dramática. A todos mis amigos, hermanos y hermanas en Cristo, que oraron con tanta pasión, gracias. Solo Dios conoce sus sacrificios y amabilidad. Y por sobre todo, gracias a mis amigos de tantos años, Cliff McArdle y David Gentiles, verdaderos regalos de Dios. De día o de noche, de forma cómoda o incómoda, con sacrificio o sin él, siempre han sido fieles. Y gracias a todos por alentarme a completar este libro.

Por último quiero expresar mi profunda gratitud a los padres de mi esposa, Eldon y Ethel Pentecost, y a mis padres, Ralph y Billie Piper, por sus incalculables sacrificios y

fiel apoyo. A mis tres hijos, Nicole, Chris y Joe, les digo... Dios me ha dado hijos mucho mejores de lo que merezco. Soy muy bendecido. ¿Cómo agradecerles por todo lo que han significado para mí, aún más desde ese miércoles hace ya tanto tiempo? Y a mi esposa desde hace treinta años, Eva... nadie debiera tener que hacer todo lo que tuviste que hacer por mí. Pero lo hiciste, con fidelidad, con compasión y sin dudar. De toda mi familia y amigos, solo ella puede en realidad saber lo doloroso que ha sido este viaje cada día, porque lo ha soportado conmigo. Eva, eres un regalo de Dios.

Señor, tú sabes que no siempre entendí los porqués de lo que sucedió, pero nunca dejé de confiar en ti. Oro, Abba Padre, porque este humilde esfuerzo por relatar mi historia te agrade y bendiga a muchos. Amén

Don Piper febrero de 2004

PRÓLOGO

Fallecí el 18 de enero de 1989.

Los paramédicos llegaron en minutos al lugar del accidente. No encontraron pulso y me declararon muerto. Me cubrieron con una lona para que los curiosos no me estuvieran mirando mientras atendían a los demás heridos. No tenía conciencia alguna de los paramédicos ni de nadie más.

Inmediatamente después de morir, fui derecho al cielo.

Mientras estaba en el cielo llegó un predicador bautista a la escena del accidente. Aunque sabía que yo estaba muerto, se acercó a mi cuerpo sin vida y oró por mí. A pesar de las burlas de los Técnicos de Emergencia Médica (TEM) se negó a dejar de orar.

Al menos noventa minutos después de que los médicos me declararan muerto, Dios respondió a las oraciones de ese hombre. Regresé a la tierra. Esta es mi historia.

1. EL ACCIDENTE

Así que podemos decir con toda confianza: «El Señor es quien me ayuda; no temeré. ¿Qué puede hacerme el ser humano?»

Hebreos 13:6

La Convención General Bautista de Texas (CGBT) organiza conferencias anuales para todo el estado. En enero de 1989 eligieron la costa norte del Lago Livingston, donde la Asociación Bautista de la Unión, compuesta por todas las iglesias bautistas de Houston y sus alrededores, opera un enorme centro de conferencias llamado Trinity Pines. La conferencia se centraba en el crecimiento de las iglesias y asistí porque estaba considerando muy en serio la idea de iniciar una nueva iglesia.

Dicha conferencia comenzaba el lunes y tenía programado terminar con un almuerzo el miércoles. El martes por la noche fui a caminar con el ejecutivo de CGBT y amigo mío J. V. Thomas. Él solía caminar con regularidad ahora, desde que había tenido un ataque al corazón, así que hicimos ejercicios juntos la última noche de la conferencia. Meses antes había estado pensando que ya era hora de iniciar una nueva congregación. Pero antes de embarcarme en tal empresa necesitaba toda la información posible. Sabía que J. V. tenía mucha experiencia y conocimiento en el desarrollo de nuevas iglesias, al igual que todos los de la CGBT. Como había iniciado muchas iglesias exitosas en el estado, la mayoría de nosotros lo considerábamos un experto. Mientras caminábamos juntos esa noche hablamos de mi idea de iniciar una nueva iglesia, cuándo hacerlo y dónde

plantarla. Quería conocer las dificultades y escollos que pudiera evitar. Respondió a mi interminable serie de preguntas y mencionó cosas que nunca se me habían ocurrido.

Hablamos y caminamos durante una hora. A pesar del frío y la lluvia, pasamos un maravilloso momento juntos. J. V. recuerda bien ese momento.

Yo también, pero por una razón diferente. Fue la última vez que caminé de forma normal.

El miércoles por la mañana el tiempo empeoró. Llovía sin parar. Si la temperatura hubiera descendido solo un poco más no habríamos podido viajar, porque todo habría estado congelado.

Las reuniones de la mañana se iniciaron a tiempo. El disertante final hizo algo que los predicadores bautistas casi nunca hacen: terminó temprano. En lugar del almuerzo formal, el personal de Trinity Pines sirvió una combinación de desayuno y almuerzo como a las diez y treinta de la mañana. Yo había empacado la noche anterior, así que ya tenía todo dentro del baúl de mi Ford Escort rojo modelo 1986.

Apenas terminamos de comer me despedí de todos mis amigos y me subí al auto para conducir de regreso a la iglesia donde trabajaba, la Iglesia Bautista de South Park en Alvin, una comunidad de dormitorios en Houston.

Cuando arranqué el motor recordé que solo tres semanas antes había recibido una multa por no tener puesto el cinturón de seguridad. Fue cuando volvía de predicar en reemplazo de un pastor amigo mío que necesitaba realizarse una cirugía de la garganta. Me había detenido un patrullero de Texas. Esa multa estaba todavía sobre el asiento del acompañante, y me recordaba que debía pagarla apenas volviera a Alvin. Hasta el momento de la multa no había usado el cinturón de seguridad como un hábito, pero después de eso cambié mi costumbre.

Cuando miré la multa pensé: *No quiero que vuelvan a detenerme.* Y por lo tanto me ajusté el cinturón de seguridad. Esa pequeña acción sería una decisión crucial.

Había dos formas de volver a Houston para continuar hasta Alvin. Apenas llegué al portón de Trinity Pines tuve que elegir si iría por Livingston y luego por la Autopista 49, o si marcharía hacia el oeste a Huntsville, hasta la ruta I-45, conocida también como la Autopista del Golfo. Cada opción implica probablemente la misma distancia. A veces, de ida o vuelta de Trinity Pines, elegía la Autopista 59. Esa mañana decidí tomar la Autopista del Golfo.

Sentía alivio porque habíamos podido salir temprano. Eran apenas pasadas las once de la mañana, así que llegaría a la iglesia alrededor de las dos. El ministro principal había ido con un grupo a Tierra Santa y me tocaba a mí el servicio de mitad de semana en la Iglesia de South Park. También me había pedido que predicara los dos domingos subsiguientes. Esa noche había una reunión de oración que requería de poca preparación, pero necesitaba trabajar en mi sermón del domingo siguiente.

Antes de salir de Alvin había escrito un borrador para el primer sermón, titulado: «Creo en un gran Dios». Mientras manejaba, pensé que debía repasar el sermón y evaluar lo que había escrito hasta ese momento. Muchas veces desde ese día he pensado en mi decisión de tomar la Autopista del Golfo. Es asombroso que no prestemos atención a las sencillas decisiones en el momento en que las tomamos. Sin embargo, me recordaba que hasta la decisión más pequeña suele tener consecuencias importantes. Esta fue una de ellas.

Salí de Trinity Pines, giré a la derecha y me dirigí por la Autopista 19 de Texas. Esto me llevaría a Huntsville, donde se intercepta con la I-45 que lleva a Houston. No tuve que conducir demasiado para llegar al Lago Livingston, una laguna en realidad, creada al construirse el dique del Río Trinity. Lo que había sido el lecho del río ahora era una hermosa y gran laguna. Al cruzar el Lago Livingston hay una autopista de dos carriles, construida sobre el nivel del lago. La ruta no tiene banquetas, por lo cual es angosta en extremo. Tenía que conducir un largo trecho sobre ese camino

que cruza el lago para llegar del otro lado. No había tenido premoniciones sobre el viaje, aunque estaba al tanto de la falta de banquinas.

En el extremo de la autopista que cruza el lago está el puente original sobre el Río Trinity. Justo después del puente el camino sube en un ángulo empinado para elevarse por encima del lecho del río. La visibilidad en esta subida es un problema para los que conducen en ambas direcciones.

Era la primera vez que veía el puente, y me resultó extraño. No tengo idea del largo, pero lo vi bastante extenso. Es un puente viejo, con una infraestructura pesada de acero oxidado. Además del camino que tenía inmediatamente delante no veía demasiado, y por cierto no vi que hubiera tráfico. Era un puente peligroso, como reconocería más tarde, y habían ocurrido varios accidentes allí. (Aunque ya no se usa, el puente sigue allí. El estado ha construido otro justo al lado.)

Conducía a ochenta kilómetros por hora porque no conocía el camino. Encogí un poco los hombros porque dentro del auto sentía frío. El viento hacía que la mañana fuera más fría de lo que indicaba el termómetro. Ahora llovía más fuerte. Me alegraría cuándo llegara por fin a Alvin. Cerca de las once y cuarenta y cinco, justo antes de llegar al extremo este del puente, un vehículo de dieciocho ruedas conducido por uno de los internos del correccional de Texas avanzó por la línea del centro y chocó contra mi auto de frente. El vehículo comprimió a mi pequeño automóvil contra el lado del puente y la cabina del conductor del camión. Y todas las ruedas pasaron por encima de mi auto, y lo aplastó.

Recuerdo fragmentos del accidente, muy pocos, pero la mayor parte de mi información proviene del informe del accidente y los testigos oculares.

Por la descripción que dieron los testigos el camión luego se deslizó hacia el lado opuesto del puente angosto y barrió con dos autos más. Estaban frente al camión y ya me habían pasado yendo en dirección opuesta. El registro de

la policía dice que el camión iba a alta velocidad, por lo menos a cien kilómetros por hora, cuando chocó contra mi auto. El conductor inexperto al fin logró detener el camión casi al final del puente.

Un joven vietnamita estaba en uno de los vehículos chocados, y en el otro había un hombre caucásico de avanzada edad.

Aunque quedaron muy impactados, ambos conductores sufrieron solo lesiones menores. Se negaron a recibir ayuda, por lo que los paramédicos no transportaron a ninguno de ellos al hospital.

A causa de la velocidad del camión el informe del accidente establece que el impacto fue a unos ciento ochenta kilómetros por hora. Es decir, que el camión me chocó mientras iba a cien kilómetros por hora entretanto yo iba de forma cuidadosa a ochenta. El conductor recibió una citación por no haber controlado su vehículo y por exceso de velocidad. Luego llegó la información de que ni siquiera tenía licencia para conducir el camión. En la prisión los supervisores habían pedido voluntarios para conducir el camión que debía recoger mercancía y alimentos para traerlos al correccional. Y debido a que era un voluntario le permitieron conducir el camión de provisiones. Dos guardias le seguían de cerca en otra camioneta propiedad del estado.

Después del accidente el conductor del camión no tenía siquiera un rasguño. El camión no se dañó siquiera. Pero el pesado vehículo había aplastado mi Ford, y lo sacó del angosto camino. Fue el riel de contención sobre el lado del puente lo que impidió que mi auto cayera al agua.

Según los testigos oculares los guardias llamaron al servicio médico de la prisión, que llegó a los pocos minutos. Alguien me examinó y al no encontrar pulso declaró que había muerto al instante.

No tengo recuerdo del impacto ni de nada de lo que sucediera después.

En un segundo, abrumador y potente, fallecí.

2. MI TIEMPO EN EL CIELO

Y con mucho temor, añadió: «¡Qué asombroso es este lugar! Es nada menos que la casa de Dios; ¡es la puerta del cielo!»

Génesis 28:17

Cuando morí, no avancé flotando por un túnel largo y oscuro, ni tuve la sensación de esfumarme o regresar. Jamás sentí que mi cuerpo fuera transportado hacia una luz. No oí voces que me llamaran ni nada parecido. En el mismo momento de mi último recuerdo del puente y la lluvia me envolvió una luz con un brillo que no puedo describir con palabras y ni podía comprender. Nada más que eso.

Cuando recuperé mis sentidos estaba en el cielo, de pie.

El gozo latía a través de mí mientras miraba alrededor, y en ese momento me di cuenta de que había una gran multitud de personas. Estaban paradas frente a una puerta brillante y muy decorada. No tengo idea de la distancia, porque cosas como las dimensiones no tenían importancia. Cuando la multitud se me acercó no vi a Jesús, pero sí a personas que había conocido. Se acercaban y yo reconocía al instante que todas habían muerto durante mi vida. Su presencia parecía absolutamente natural.

Todos venían hacia mí, y todos sonreían, gritaban y alababan a Dios. Aunque nadie lo dijo, de forma intuitiva supe que era mi comité de bienvenida celestial. Era como si to-

dos se hubieran reunido junto a las puertas del cielo a esperarme.

La primera persona a la que reconocí fue a Joe Kulbeth, mi abuelo. Se veía tal como lo recordaba, con su cabello blanco y la nariz que yo llamaba «nariz de banana». Se detuvo frente a mí, con una sonrisa. Quizá dije su nombre, pero no lo recuerdo.

«¡Donnie!» (Así me llamaba mi abuelo siempre.) Se le iluminaron los ojos y extendió los brazos, al dar unos pasos hacia mí. Me abrazó fuerte. Era el abuelo robusto y potente que recordaba de mi niñez.

Había estado con él cuando tuvo un ataque al corazón en casa, y lo había acompañado en la ambulancia. Me quedé en la puerta de la sala de emergencias en el hospital cuando el doctor salió y me dijo con suavidad, negando con la cabeza: «Hicimos todo lo posible».

Mi abuelo me soltó y mientras miraba su rostro me invadió una dicha de éxtasis. No pensé en su ataque al corazón ni en su muerte porque no podía sobreponerme al gozo de haberme reunido con él. Cómo habíamos llegado al cielo era algo que parecía irrelevante.

No tengo idea de por qué fue mi abuelo la primera persona que vi. Quizá tuvo algo que ver con el hecho de que estuve allí cuando murió. No fue una de las grandes guías espirituales en mi vida, aunque por cierto influyó en mí de manera positiva en ese aspecto.

Después de que me abrazó mi abuelo no recuerdo quién fue el segundo y el tercero que me saludó. La multitud me rodeaba.

Algunos me abrazaban y otros me daban un beso en la mejilla, en tanto otros más me daban la mano. Jamás me sentí más amado.

Una persona en ese comité de bienvenida era Mike Word, mi amigo de la infancia. Mike era especial porque me invitó a la escuela dominical y fue de gran influencia en mi conversión como cristiano. Mike era el cristiano joven más devoto que haya conocido. También era un chico muy